

**MONTGOMERY
BONBON**

**bam
bú**

ASESINATO EN EL MUSEO



TRADUCCIÓN

MARCELO E. MAZZANTI

ALASDAIR BECKETT-KING

ILUSTRACIONES DE **CLAIRE POWELL**

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

Publicado por acuerdo con Walker Books
Limited, Londres SE11 5HJ
Título original: *Murder at the Museum*

© 2023, Alasdair Beckett-King,
por el texto

© 2023, Claire Powell, por las
ilustraciones de cubierta e interior

© 2024, Marcelo E. Mazzanti,
por la traducción

© 2024, Editorial Casals, SA,
por esta edición

Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

*A mamá, por ayudarme
a resolver los misterios de
la vida. Siempre te querré.
Claire x*

*A la mamá de Claire. No la
conozco, pero suena genial.
Alasdair*

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-8343-983-8

Depósito legal: B-11751-2024

Printed in Spain

Impreso en Anzos, SL

Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este libro procede
de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación
de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción
prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

MONTGOMERY
BONBON

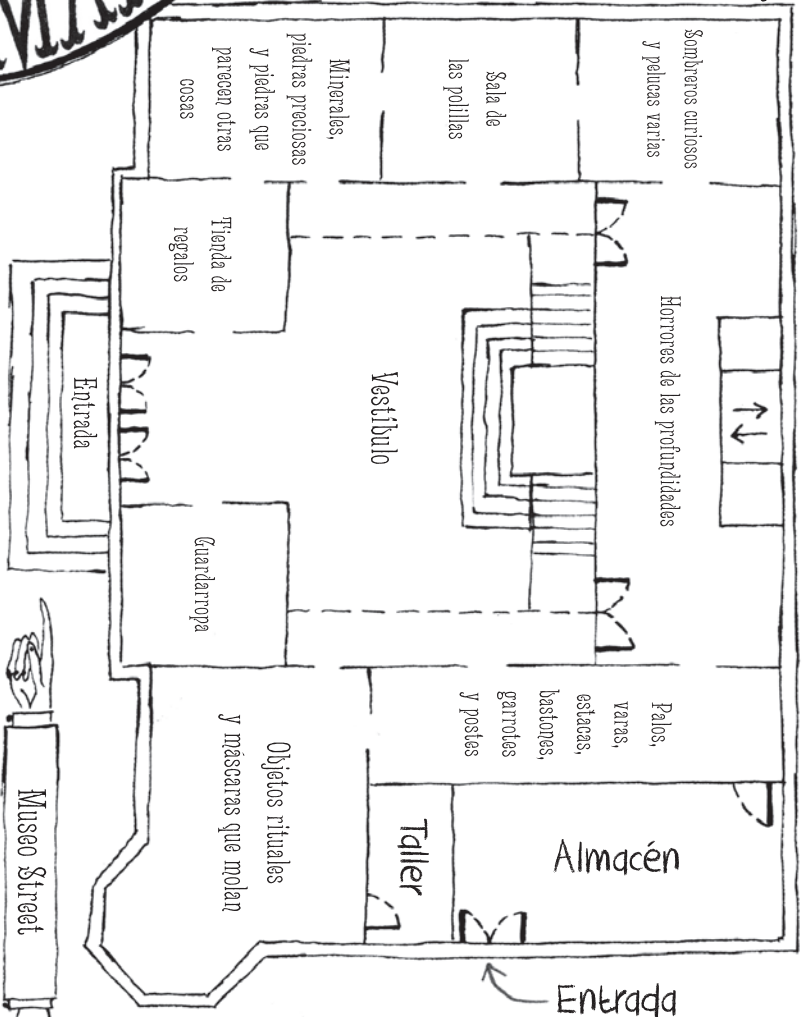
ASESINATO EN EL MUSEO



**bam
bú**
EDITORIAL

MAPA DEL MUSEO

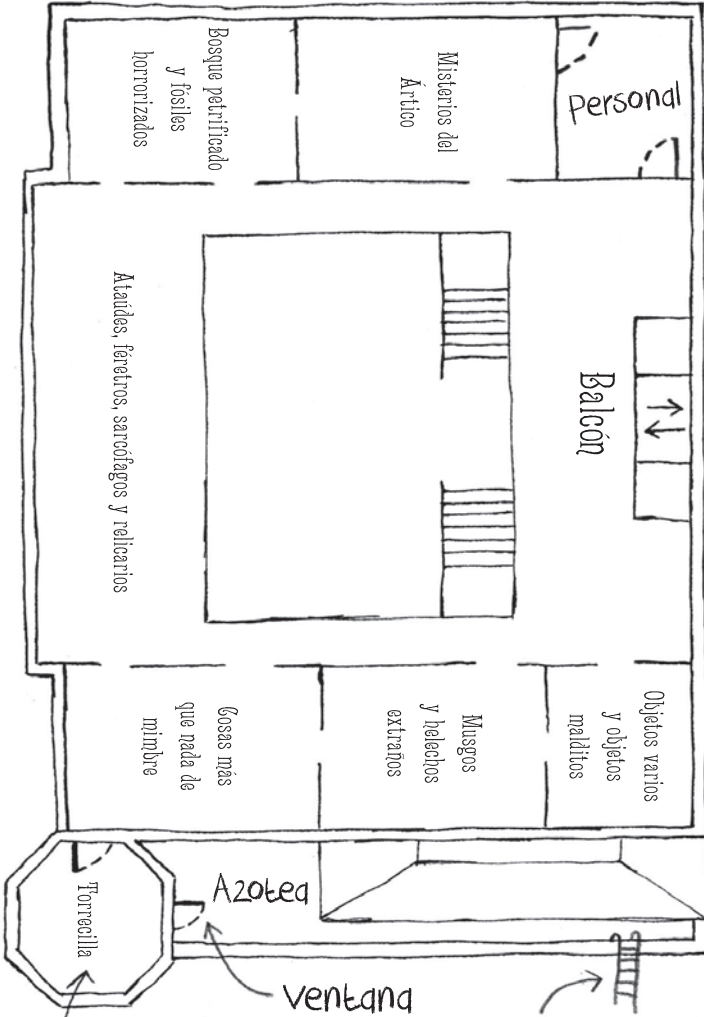
Planta baja



Museo Street

Entrada lateral

1.^a planta



Águila de Widdlington

Escalera de incendios

HORNVILLE



BONNIE
MONTGOMERY



ABUELO BANKS



LIZ MONTGOMERY



DANA
HORNVILLE



HERMAN HORNVILLE



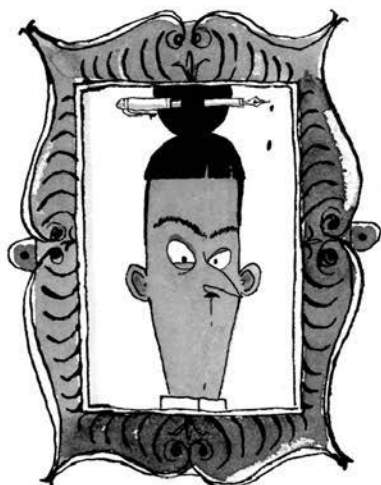
· RASHIDA ZAKI ·



· ABELARD HORNVILLE ·



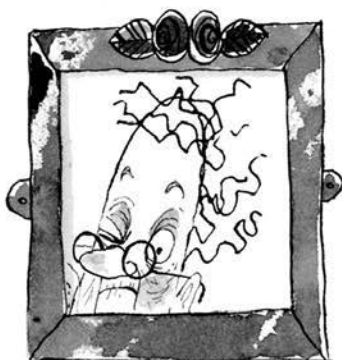
· HARRIET SPRUCE ·



· INSPECTOR A SANDS ·



· WARBOYS ·



· ANTON PRICE ·



NI HABLAR
DE FOTOS
CON FLASH

ARDILLAFANTE
JABALEOPARDO

PINGUINO

LINCHUZA

FLAMENCOPOTAMO



Capítulo 1

Bonnie

En el interior del Museo Hornville siempre parecía estar anocheciendo. Hasta en los días de sol del verano hacía frío y estaba oscuro, como dentro de una nevera en el túnel de una mina. Las estrechas ventanas estaban negras por un polvillo negro que llevaba allí desde cuando Widdlington era un pueblo de chimeneas y trenes de carbón. Los cientos de vitrinas de cristal parecían haber sido limpiados por última vez solo un poco después que las ventanas.

Por todas partes había carteles que decían:

NI HABLAR DE FOTOS CON *FLASH*

Significaba que los objetos expuestos ya se habían acostumbrado a la penumbra y así querían que siguiera.

Bonnie Montgomery era la persona más joven que el Hornville había visto en mucho tiempo. El museo le recordaba la sección de ofertas del supermercado, con pilas de chollos raros que no le interesaban a nadie: armas crueles, estatuillas hechas de hueso de ballena, extrañas máscaras sonrientes y muebles de jardín sospechosamente baratos. Bonnie se había pasado años rogándole al abuelo Banks que la llevara allí, y lo que estaba viendo superaba sus expectativas.

El nombre completo del museo era Museo Hornville de Historia Natural y Cosas por el Estilo. Se suponía que era el edificio más antiguo de Widdlington, cosa que a Bonnie siempre le había parecido curiosa, como si hubiesen construido el edificio en mitad de la nada y esperado a que se fuera formando el pueblo a su alrededor. De hecho, todo en el Hornville era curioso, especialmente las enormes e increíbles criaturas que parecían acechar a los visitantes.

Bonnie apretó la nariz contra la vitrina que tenía delante y contempló el horrible ser como paralizado en mitad de un rugido justo en el momento de morir.

—¿Sabías que los llaman los Monstruos del Hornville? —le preguntó al abuelo Banks con el susurro típico de cuando se está en un museo.

Él estaba leyendo el folleto y dando cuenta ruidosamente de un polo *flash* de limón. Siempre que salía con su nieta llevaba unos cuantos, y siempre hacía como si no fuese a darle uno a ella, cosa que a los dos les parecía supergraciosa. El abuelo era de los que, en las visitas a los museos, se plantan ante cada objeto, leen la plaquita metálica de al lado y murmuran «Mmm».

Ella prefería seguir su instinto y corría de una vitrina a otra cada vez que algo brillante le llamaba la atención. No le interesaban los «Mmm»; buscaba los «¡Ajá!». Por eso los dos formaban un gran equipo.

Las vacaciones de verano con el abuelo Banks siempre eran divertidas, incluso aunque no hubiera asesinatos de por medio (en este caso, sí que iba a haber uno, aunque Bonnie aún no lo sabía).

Los Monstruos del Hornville no se parecían a ningún animal que pudiera verse en el zoo. Leyendo el folleto, el abuelo le explicó que alguien llamado Abelard Hornville, un hombre con una gran fortuna y una barba aún más grande, había comprado el Museo de

Widdlington en 1931 y le había estampado su nombre. El viejo Hornville había sido un arqueólogo autodidacta, paleontólogo aficionado y naturalista entusiasta. También era de los que nunca leen los manuales de instrucciones: cada vez que algún explorador le enviaba huesos, pieles y colmillos de animales exóticos y extintos, él los montaba como se le ocurría. Una trompa por aquí, una aleta por allá, un par de picos... Cosía a las pobres criaturas resultantes, las llenaba de serrín y las metía en vitrinas.

Los turistas acudían en masa a ver al murciélago dientes de sable, al diplodromedario y al enorme flamencopótamo. En cambio, Hornville era el hazmerreír de la comunidad científica, aunque, cuando recordaban lo rico que era, se callaban.

Bonnie contempló los ojos fríos y serios de una chimpancebra. No podía evitar la sensación de que el animal le devolvía la mirada.

—¿Ya puedo comerme un polo? —preguntó.

El abuelo Banks sonrió.

—No, son todos para mí.

—¡Buah!

Justo entonces se apagaron las luces.

Sonó un *¡pffff!* y el museo quedó sumido en la oscuridad más profunda. Bonnie sintió cómo su abuelo la agarraba fuerte de la mano mientras los gritos y chillidos de alarma resonaban por los pasillos abovedados. Las ventanas polvorientas dejaban entrar tan poca luz como si estuviesen haciendo un *casting* para interpretar el papel de paredes.

—¿Has oído eso?

—¿Qué pasa?

—¡Alguien me ha escupido polo de limón!

Entonces se oyó el grito.

¡Y vaya grito! Fue un horrible y escalofriante alarido que pareció hacer que todo temblara y que venía de algún lugar del piso de arriba.

Los ansiosos visitantes del museo se quedaron en silencio al momento. Bonnie sintió que su abuelo le apretaba la mano aún más. La única luz era el ligero y enfermizo brillo verde del cartel luminoso de SALIDA DE INCENDIOS, que proyectaba sombras retorcidas

**SALIDA DE
INCENDIOS**

y parpadeantes alrededor de la niña, unas sombras que parecían tener garras y dientes.

«Aquí se está tramando algo», pensó.

Mucha gente va por la vida sin notar que se trame, se geste o suceda nada, sin sentir ese temblor en los dedos de los pies y ese apretón de barriga de cuando está a punto de ocurrir algo misterioso. Bonnie Montgomery, en cambio, siempre sentía que se estaba tramando algo; y es que, al contrario que el resto de las niñas de diez años, era la mejor detective del mundo. Pero eso solo lo sabían ella misma y el abuelo Banks; ni su propia madre tenía ni idea. Lo mantenían en secreto porque a las niñas de diez años no se les permite ser detectives, y mucho menos resolver asesinatos, porque los asesinatos están bastante mal vistos.

Bonnie era una gran detective, a pesar de que oficialmente nunca había resuelto ni un caso. Pero sí que había un hombre misterioso, llamado Montgomery Bonbon, que ayudaba con frecuencia a las autoridades. No se lo podía llamar por teléfono y se desconocía dónde vivía. Lo único que se sabía de él era su altura, extraordinariamente bajita, además de que siempre llevaba una gabardina vieja y gastada, que tenía un gran

y poblado mostacho y que resultaba muy difícil distinguir de dónde era su acento.

Mientras Bonnie estaba haciendo un intercambio estudiantil en Suiza, Bonbon había desenmascarado al empresario billonario del queso, Mandrake Lesuisse, como el bandido del *emmental*. Cuando la compañía de *ballet* Rusakova estuvo en el pueblo, fue Bonbon quien le devolvió los diamantes Rusakova a la persona a la que la condesa Rusakova se los había robado originalmente. Y cuando Bonnie visitó el parque natural aviar de Widdlington, Bonbon descubrió una trama de tráfico de lechuzas que llevó a la detención de más de una docena de mochuelos.

Bonnie sintió que el abuelo Banks le soltaba suavemente la mano. Los dos sabían que se requería la presencia de Montgomery Bonbon en el museo. La oscuridad la rodeaba como un telón de terciopelo negro cuando ella se transformó en el famoso detective. No necesitó de ningún espejo; ya lo había hecho muchas veces.

Primero abrió la cremallera de la mochila y sacó su vieja gabardina. Después se caló la gorra de lado, como hacen las mentes más inquisitivas (la gorra ya la llevaba

puesta de antes, claro, pero recta; seas una niña de diez años o un misterioso extranjero, las gorras siempre molan).

Por fin, sacó un bigote falso con adhesivo, se lo colocó sobre el labio superior y lo agitó un poco para asegurarse de que no fuera a despegarse.

Echó los hombros atrás y respiró hondo.

Bonnie Montgomery se había convertido en Montgomery Bonbon.



BOMBON PONE
AL QUESO
BAJO LLAVE

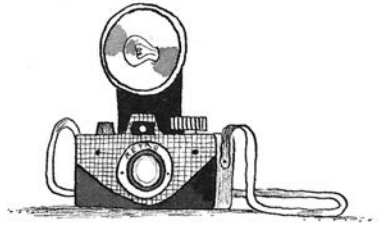


¡VAYA PÁJAROS!
DETECTIVE LOCAL RESCATA
AVES



INVESTIGADOR
Deja de piedra (preciosa)
a ladrona





Capítulo 2

La sala de la torrecilla

Mientras los visitantes chocaban unos contra otros y empezaban a dejarse llevar por el pánico, Bonnie y el abuelo Banks subieron al piso de arriba, hacia el lugar del que había proveniendo el horrible grito.



Al subir la vieja y chirriante escalera, la niña no pudo evitar imaginarse que los ojos de cristal de los Monstruos de Hornville la observaban. Cuando llegó al final, se detuvo un momento mientras los engranajes de la mente de Bonbon se ponían en marcha en su cabeza.

El abuelo también subió, resoplando y pisando con cuidado con las suelas de goma de sus zapatos supercuidados. Como decía la madre de Bonnie, él iba siempre «de punta en blanco»: había trabajado cuarenta años como vendedor de helados sin hacerse jamás ni una mancha de tutifruiti en el traje; aún hoy se ponía un pañuelo al cuello hasta para salir a sacar la basura.

El piso de arriba estaba todavía más oscuro que el vestíbulo. Del techo, por encima de la cabeza de Bonnie, colgaban unas criaturas aladas no identificables. Aunque no podía saber de dónde había salido el grito exactamente, sí oyó cerca un **BAM, BAM, BAM, ¡CRAC!**

—¿Ha oído usted eso, viejo amigo Bonbon? —dijo el abuelo Banks, que estaba casi sin aliento y hasta se había aflojado el pañuelo al cuello.

—Con claridad de la máxima, Banks.

El abuelo siempre se dirigía al detective de usted y como «viejo amigo», «apreciado colega» o hasta «mi querido Bonbon», pero



nunca nunca como «Bonnie». Por su parte, Montgomery Bonbon acostumbraba a dirigirse a él sencillamente como «Banks», nunca nunca como «abuelo». Cuando Bonbon no estaba investigando un caso, mandaba el abuelo, que llevaba a la niña a todas partes y se encargaba de los polos *flash* de limón. Pero, cuando Bonbon estaba enfrascado en un caso, Bonnie era la jefa, y Banks, su ayudante.

—¿Sospecha usted que aquí haya sucedido algo raro?
—preguntó el abuelo.

—*Bon*. Desde luego así sonando, *mein ami* —contestó Bonnie con el acento inidentificable de Montgomery Bonbon; sabía por las viejas películas que veía los domingos por la tarde con el abuelo Banks que los mejores detectives siempre eran de otro país.

Bonnie guió el camino en dirección al ruido, hasta que llegaron a una puerta. Apenas estaba iluminada por una claraboya cubierta de porquería, pero distinguió las palabras «sala de la torrecilla». Las astillas en el marco le indicaron que el **¡CRAC!** había sido el ruido hecho por alguien al forzarla. Al otro lado oyó tres voces que susurraban aterrorizadas.

—¡No nos pongas esa linterna en la cara!

—¡Está muerto!

—¡Y lo otro ha desaparecido!

Bonnie empujó la puerta con suavidad, que se abrió con un chirrido de las viejas bisagras. Ya sabía lo que iba a encontrarse: la escena de un crimen. Pasó los ojos rápidamente de un lado a otro de la sala buscando pistas.

El lugar era pequeño, con ocho paredes con paneles de madera oscura que la hacían parecer aún más pequeña y una sola ventana amarillenta por la que entraba muy poca luz. Sobre un estante, y bajo una capa de polvo que más bien parecía una nevada, acechaba alguna especie de roedor enorme con grandes orejas como de cuero y largos colmillos; era otra de las creaciones de Hornville.

En el centro exacto de la sala había un grueso pedestal de mármol con una vitrina de cristal encima y que Bonnie observó que estaba vacía. Vacía del todo. Esa era la clase de detalles que a un buen detective nunca se le escapan.

Distinguió también a tres trabajadores del museo, que estaban como paralizados por el pánico. La primera era una mujer de pelo rizado que llevaba un chaleco marrón claro. Eso en sí no tenía nada de raro, excepto

porque le salían unas plantas verdes de los bolsillos. Miraba boquiabierto hacia la vitrina vacía.

La segunda empleada era una mujer que también llevaba chaleco,

este de los colores del arcoíris y con una gran chapa redonda con su nombre. Bonnie dedujo que era una de las guías del museo.

El tercero era un anciano que a la niña le recordó a una vela derretida de tan pálido como era y lo mal que le sentaba su raído traje

marrón. Él era quien sostenía la linterna, cuya luz azulada apuntaba a una cuarta persona: un joven muy cuadrado con uniforme de guardia de seguridad; estaba tirado por el suelo, cosa en general mal vista durante las horas de trabajo...

aunque en esta ocasión podía perdonársele, ya que, además, estaba muerto.

—¡Que todo el mundo quieto se quede donde están exacto!—gritó Bonnie,



recordando agitar el bigote para transmitir autoridad. El haz de la linterna se movió y le dio de lleno en la cara, cegándola. Volvió a agitar el bigote por si alguien se lo había perdido la primera vez.

—¿Y tú quién eres? —preguntó la mujer del chaleco arcoíris, que tenía acento norteamericano.

Bonnie esperó a que el abuelo Banks hiciera lo que siempre hacía.

Y esperó. Y esperó.

Al final, tuvo que darle un pequeño codazo en las costillas.

—¡Ah, sí! —reaccionó el anciano—. Pues... ¡se encuentran ustedes ante el gran detective Montgomery Bonbon!

—¿Montgomery... Bonbon...? —repitió el hombre que parecía una vela derretida. Se produjo una larga pausa. A Bonnie le pareció que empezaba a despegársele el mostacho—. ¡Gracias al cielo que está usted aquí, detective! Verá: ha habido un asesinato.

—¡Y un robo! —exclamó la mujer con los bolsillos llenos de plantas.

—*Bon! Bon!* ¡Un momento, haciendo el favor! —los interrumpió Bonnie.

La mujer de las plantas se mordió el labio y empezó a tirar de unas peonías del bolsillo.

Montgomery Bonbon entró en la sala con paso decidido y caminó en un círculo perfecto alrededor del pedestal.

Comenzó la investigación exactamente igual que exploraba los museos. Mientras el abuelo Banks sacaba su cámara antigua y hacía fotos de todo, muy meticuloso, Bonnie se dejó llevar de pista en pista por su instinto.

Clic, FLASH, rrr, hizo la cámara del abuelo al fotografiar la vitrina vacía y hacer avanzar la película. Bonnie se imaginó las paredes del museo temblando por el uso del *flash* prohibido, pero esa era la tarea de los detectives: dar luz a las cosas oscuras.

Clic, FLASH, rrr...

Según su chapa, el muerto se llamaba Oliver Munday. Su uniforme de guarda de seguridad parecía nuevo... muy nuevo. Bonnie dedujo que no debía de llevar mucho tiempo trabajando allí; estaba todo impoluto, excepto por una capa de polvo al final de la manga derecha. La niña pensó que tenía que ser difícil estar en el Museo Hornville y no mancharse de polvo,

pero tomó nota de ello igualmente; un detective no puede permitirse omitir ningún detalle, por pequeño que sea (el detalle, no el detective).

Se acercó más y le llamó la atención lo que parecía una pluma de color escarlata que asomaba del cuello de Oliver Munday. «¿Sería alguna especie de dardo? –se preguntó–. ¿Venenoso, quizá?».

A Bonnie le encantaba resolver misterios, le encantaba encontrar pistas y, sobre todo, le encantaba decirles a los adultos qué hacer.

Lo que no le encantaba era encontrar muertos, y menos con una cara que parecía tan simpática como la de Oliver Munday.

Clic, FLASH, rrr..

Se volvió para observar a los tres empleados vivos del museo. Los examinó uno a uno.

El que tenía más cerca era el hombre del traje marrón. Según decía en la placa que llevaba al pecho, era Anton Price, el restaurador. Algo en su ropa pasada de moda y sus gafas redonditas lo hacía encajar perfectamente en aquel lugar. Era el tipo de persona del que uno podría decir que tiene «grandes entradas» si por educación no desea mencionar la palabra «calvorota».

Anton Price dio un paso atrás y se sentó pesadamente (las rodillas le crujieron como bastoncillos de pan) en una de esas sillas antiguas que parecen muy cómodas y en las que nunca se permite sentarse a los visitantes. Bonnie notó que el abuelo Banks lo miraba con envidia.

Clic, FLASH, rrr...

En la otra punta de la sala, la guía del chaleco arcoíris estaba de espaldas a la ventana. Bonnie se le acercó y vio que en su placa decía «Rashida Zaki». La mujer parecía estar llevando a cabo su propia investigación. Examinó el pedestal de mármol y alzó la vista al techo entornando los ojos; dio la impresión de esperar encontrarse con el asesino colgando de allí bocabajo, como si fuese un murciélago.

Cuando habló, algo en su acento norteamericano le resultó familiar a Bonnie. Por alguna razón no muy clara, pensó, a los ingleses les impresionan los americanos. También les impresiona la gente alta y la que hace casitas en los árboles. Un americano alto y que hubiese construido una casita en un árbol siempre podría salirse con la suya. «¿También Rashida Zaki?», se preguntó Bonnie.

Clic, FLASH, rrr...

La tercera empleada del museo se encontraba junto a la vitrina de cristal vacía estrujando tanto las plantas de sus bolsillos que las estaba convirtiendo en abono. Resultó ser Harriet Spruce, la supervisora. Bonnie dudó de si la mujer estaba quieta y le temblaba un labio o el labio estaba quieto y era la mujer la que temblaba; en cualquier caso, se la veía muy nerviosa.

—No pudimos entrar... —murmuró—. La puerta estaba cerrada con llave...

—Comencemos por usted, *fräulein* Spruce. —Bonnie le dedicó una media sonrisa calculada para tranquilizar a los inocentes... y aterrorizar a los culpables—. Desde mismo principio, cuente por favor a Bonbon qué sucediendo con exactitud.

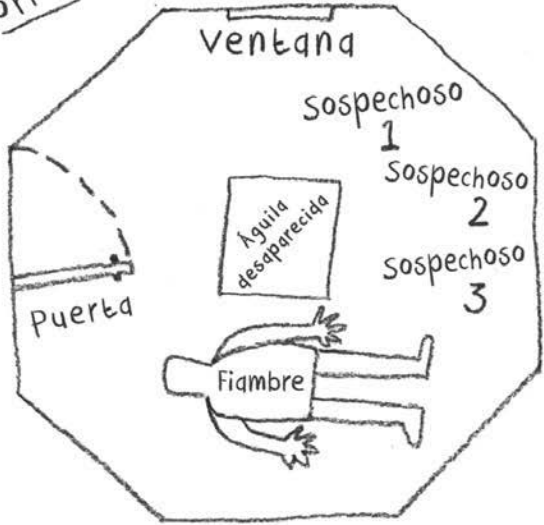


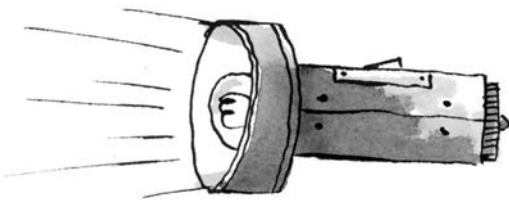
Dardo mortal



Vitrina vacía

Sala de la
torrecilla





Capítulo 3

El Águila de Widdlington

—¿Dónde usted estaba cuando luces *pufff*? —preguntó Bonnie.

En la sala de la torrecilla, todos los ojos se posaron en Harriet. Todos menos los de Oliver Munday, claro.

—Estaba en... bueno, los tres habíamos hecho una pausa para tomar el té en el despacho del personal. Se fue la luz ¡y entonces oímos ese grito horrible! ¿Lo oyó usted también, señor...?

—*Monsieur Bonbon* —la corrigió Bonnie—. *Ja*, oí grito horrible también yo mismo.

Miró al pobre Oliver Munday, en el suelo, y tuvo que contener un escalofrío.

–Lo siento, es que estoy muy... –Harriet agitó las manos en un gesto de disculpa. Le salieron volando trocitos de hojas verdes que fueron cayendo lentamente por toda la escena del crimen. No pudo seguir la frase: solo le salían sollozos y lloriqueos.

Anton Price siguió la historia.

–Yo cogí la linterna del kit de emergencias. –Dirigió de nuevo la luz hacia Bonnie, produciéndole un gran borrón verde en el centro de su visión–. Todos corrimos aquí, a la sala de la torrecilla. Pero la puerta estaba cerrada con llave... por el otro lado.

Cerrada-con-llave-por-el-otro-lado: esas son las siete palabras que todos los detectives desean oír. Bonnie estaba lo bastante cerca de la puerta como para ver que lo que había dicho Anton era cierto. La madera del marco estaba astillada y, en efecto, del otro lado de la cerradura asomaba una llave oxidada.

Clic, FLASH, rrr...

–Yoforcé la puerta –intervino Rashida con voz nerviosa, y señaló el cadáver de Oliver–. Entonces, lo vimos. Y también vimos que no estaba.

–¿Cómo que no estaba? ¿No estando el señor en suelo tirado? –se extrañó Bonnie.

Tres caras sorprendidas la miraron.

—¡No, no! ¡Lo que no estaba era el Águila de Widdlington, claro! —exclamó Harriet.

Viendo la expresión confusa de Montgomery Bonbon, el abuelo Banks sacó el folleto del museo de su bolsillo trasero y se lo plantó bajo el mostacho. Bonnie esperaba ver otro de los Monstruos de Hornville, una criatura con patas de hipopótamo y plumas o algo así. Pero lo que mostraba la foto era una preciosa estatuilla de piedra de un águila con la cara girada hacia la izquierda como diciendo: «Este es mi lado bueno».

En la imagen, el ave se encontraba dentro de la vitrina de cristal, que ahora estaba vacía, en el centro de la sala. Según la descripción, el Águila de Widdlington



era «un hallazgo excepcional de cuando Gran Bretaña pertenecía al Imperio romano y la había desenterrado en 1930 el propio Abelard Hornville (1897-1985) en persona. Se exhibe aquí por primera vez, cedida en préstamo por el Museo de Nueva Jersey de Cosas Viejas Que Molan».

Bonnie alzó la vista.

–Esta tal Águila Widdly es valiosa de mucho dinero, *ja?* –Tres cabezas asintieron vigorosamente–. *Bon.*

Bon era lo que siempre decía cuando necesitaba pensar un momento (cuando necesitaba pensar un poco más, decía *Bon, bon*). Cerró el folleto y se rascó la nariz. Nunca había entendido por qué los adultos consideraban que algunas cosas valían tanto dinero. Pero poco importaba lo que ella pensara del Águila de Widdlington: la cuestión es que alguien había estado dispuesto a matar por ella.

–Y el Águila no estaba cuando ustedes entrando, *non?*

Las tres cabezas asintieron de nuevo.

«Mmm», pensó Bonnie mientras echaba otro vistazo a la sala; si la puerta estaba cerrada por dentro, la única entrada o salida posible era a través de la ventana. Esta era estrecha y oblonga, con tiras de plomo cruzadas que

formaban rombos en el cristal amarillento y desigual. Estaba entreabierta, con el pasador corrido. Cuidando de no tocar este último, Bonnie dio un empujoncito para acabar de abrirla.

La luz del exterior la hizo parpadear. La brisa trajo consigo los sonidos de «todo como siempre». El resto del pueblo no sabía que en el Museo Hornville el tiempo se había detenido; nadie en Widdlington sabía aún que se tramaba algo.

Bonnie miró hacia el tejado del museo, que tenía un montón de tejas colocadas de cualquier manera y varias chimeneas de diferentes alturas. Había una parte lisa y estrecha que formaba un caminito que iba desde la ventana hasta una escalera de incendios torcida.

Clic, FLASH, rrr...

¿Podría haber subido por ella un asesino a escondidas, seguido el caminito de gravilla del tejado, forzado la ventana y...?

Mientras pensaba en ello, Rashida apareció tras ella.

—¡La escalera de incendios! ¡Claro! —exclamó, y le pasó por un lado, dándoles un empujón sin fijarse en Bonnie y el abuelo Banks; a él casi se le cayó la cámara al suelo.

Antes de que Montgomery Bonbon pudiera gritar «*Arrêtez!*», Rashida salió por la ventana.

–*Non!* ¡No debe afectándose la escena de *le crime!*
–exclamó por fin, aunque sabía que era inútil: Rashida ya iba por el caminito de gravilla.

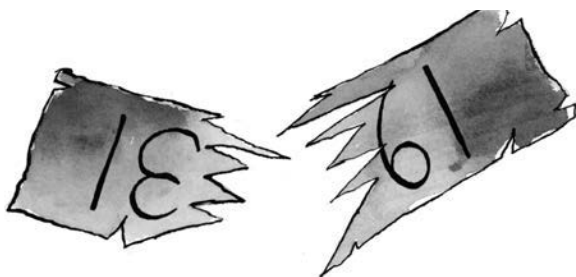
–¡Tiene que haber salido por aquí! –contestó la mujer, también con un grito, mientras empezaba a bajar por la escalera de incendios–. ¡Usted también quiere atrapar al ladrón!, ¿no?

Sí, desde luego que Bonnie quería atrapar al ladrón. Pero para eso necesitaba pistas. En cuanto la guía salió y pisoteó el caminito, desapareció toda esperanza de encontrar huellas de pies. Ahora solo quedaba allí gravilla gris, polvo y...

¿Qué era eso?



En el suelo, justo debajo de la ventana, vio dos puntitos amarillentos. Los cogió con cuidado; eran unos trocitos de papel, no más grandes que una uña de Bonnie. Los dos tenían algo escrito con tinta azul gastada. Uno decía «1E», y el otro, «61».



Aquello tenía la palabra «pista» escrita en letras enormes. Bueno, en realidad no: de nuevo, uno decía «1E» y el otro, «61», y en letra muy pequeña.

Los trozos de papel estaban secos, pero no acartonados, por lo que Bonnie dedujo que no llevaban mucho tiempo en el tejado. De no ser así, e incluso en verano, el viento y la lluvia de Widdlington los habrían desgastado. Pero ¿qué querían decir?

Clic, FLASH, rrr...

—¿Qué cree usted? —le preguntó el abuelo Banks, casi sin aliento—. ¿Se trata de un código secreto, coordenadas de algún mapa...?

Bonnie no estaba segura, así que se limitó a murmurar:

–*Bon.*

Por suerte, eso pareció contentar a su abuelo.

En la sala, tras ellos, Anton Price carraspeó nervioso.

–Detective, ¿cree usted...? Es decir, ¿piensa que...?

Bonnie se guardó cuidadosamente los trozos de papel y se dio la vuelta, dirigiéndoles una expresión severa a Harriet y Anton que los dejó como paralizados. La expresión consistía en abrir mucho un ojo y, a la vez, entrecerrar el otro hasta que quedara fino como la boca de un buzón. La niña la había ensayado ante el espejo para estar preparada por si necesitaba dejar paralizado a alguien. Pero esta era la primera vez que la había puesto en práctica de verdad y se sintió muy satisfecha del resultado.

–Buena gente, recuerden mucho que esta siendo escena de crimen. Nadie tocar nada y nadie salir sin permiso del Bonbon –les dijo. Consideró innecesario agitar el mostacho–. *Monsieur* Price, por favor, prosiguiendo.

Anton Price, incómodo, se tiró de las mangas de su chaqueta de pana.

–Verá, yo... yo... creo que sería mejor llamar a la policía.

–Eso no será necesario, majete –les llegó una voz familiar desde el pasillo, seguida por un inconfundible *clomp, clomp, clomp* de pasos, y que era un ruido que Bonnie tenía asociado a un desastre inminente.

Se trataba de la inspectora Prashanti Sands, de la policía de Widdlington. Siempre llevaba botas dos tallas más grandes. Bonnie sospechaba que lo hacía para poder agitar alegremente los dedos de los pies cuando decía cosas como «No será necesario, majete», «Solo estaba cumpliendo con mi deber, señor» o «¡Te he atrapado! ¡Quedas detenido!».

Respiró hondo e intentó buscarle el lado positivo a aquello. En cierta forma, el que la inspectora Sands hubiera llegado era una buena noticia.

La mayoría de los oficiales de la comisaría de Widdlington odiaban a muerte a Montgomery Bonbon.

La inspectora Sands solo lo despreciaba por completo.

¡¡Oliver Munday
MUERTO!!

Orden de
lo sucedido:

1. Té en despacho personal
2. Se va la luz
3. Grito
4. Fuerzan puerta
5. Encuentran cuerpo

Águila NO ESTÁ

Venta
abierta

¿Voz
familiar?

Rashida Zaki

Harriet Spruce

Anton Price

Puerta
cerrada
desde
dentro.
¿Cómo?

1E

61

PRONTO

**EL NUEVO
CASO DE**

**MONTGOMERY
BONBON**

Bambú Grandes Lectores

Bergil, el caballero perdido de Berlindon

J. Carreras Guixé

Los hombres de Muchaca

Mariela Rodríguez

El laboratorio secreto

Lluís Prats y Enric Roig

Fuga de Proteo 100-D-22

Milagros Oya

Más allá de las tres dunas

Susana Fernández Gabaldón

Las catorce momias de Bakrí

Susana Fernández Gabaldón

Semana Blanca

Natalia Freire

Fernando el Temerario

José Luis Velasco

Tom, piel de escarcha

Sally Prue

El secreto del doctor Givert

Agustí Alcoberro

La tribu

Anne-Laure Bondoux

Otoño azul

José Ramón Ayllón

El enigma del Cid

M.^a José Luis

Almogávar sin querer

Fernando Lalana,
Luis A. Puente

Pequeñas historias

del Globo

Ángel Burgas

El misterio de la calle de las Glicinas

Núria Pradas

África en el corazón

M.^a Carmen de la Bandera

Sentir los colores

M.^a Carmen de la Bandera

Mande a su hijo a Marte

Fernando Lalana

La pequeña coral de la señorita Collignon

Lluís Prats

Luciérnagas en el desierto

Daniel SanMateo

Como un galgo

Roddy Doyle

Mi vida en el paraíso

M.^a Carmen de la Bandera

Viajeros intrépidos

Montse Ganges
e Imapla

Black Soul

Núria Pradas

Rebelión en Verne

Marisol Ortiz de Zárate

El pescador de esponjas

Susana Fernández

La fabuladora

Marisol Ortiz de Zárate

¡Buen camino, Jacobo!

Fernando Lalana

La montaña del Infierno

Marisol Ortiz de Zárate

Cómo robé la manzana más grande del mundo

Fernando Lalana

El canto del cisne

Núria Pradas

Montgomery Bonbon. Asesinato en el museo

Alasdair Beckett-King /
Claire Powell

bam
bú

+11

GRANDES
LECTORES

«Perfecto para lectores
amantes del misterio, los
líos y los bigotes falsos».

Shane Hegarty

«¡Enormemente divertida y enigmática!».

Katherine Woodfine

**BONNIE MONTGOMERY ES LA
MEJOR DETECTIVE DEL MUNDO...**

... aunque solo su abuelo
lo sabe.

Sin embargo, todo el mundo
ha oído hablar de Montgomery
Bonbon, el gran investigador
que, dejando aparte la boina
y el frondoso bigote, se parece
sospechosamente a una niña
de diez años.

Su caso:

una muerte misteriosa
en el Museo Hornville.

www.editorialbambu.com



9 788483 439838



PEFC

PEFC/14-38-00310

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible

www.pefc.es

